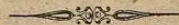


diendo, que le era indispensable el conocimiento de los pactos entre el emperador de Rusia y Napoleón, para aclarar y fijar sus resoluciones. Tanto por la forma como por el fondo de esta declaración se descubría de una manera estensible la irritación profunda de que se hallaba llena el Austria. Era, pues, evidente, que Napoleón tendría tiempo bastante para hacer una campaña en la Península; pero una tan sola. De su genio y de la bizarría de sus tropas era de esperar, sin embargo, que aquella sería decisiva. El público, habituado á la guerra, y habituado sobre todo bajo los auspicios de aquel señor omnipotente, á dormirse al estruendo del cañon, cuyos lejanos ecos no le presagiaban mas que victorias, proseguía tranquilo y confiado, á pesar de lo mucho de triste y de siniestro que tenía aquella guerra emprendida al otro lado de los Pirineos contra el fanatismo de una nación entera. El brillante y ruidoso espectáculo dado en Erfurt, fascinaba todavía la vista de las gentes, y les ocultaba los peligros demasiado reales de la situación.



LIBRO TREINTA Y TRES.



Somosierra.

Llegada de Napoleón á Bayona.—Inobservancia de algunas de sus órdenes.—Medios de que se vale para suplir esta falta.—Partida del mismo para Vitoria.—Ardor que manifiestan los españoles en sostener una guerra comenzada con éxito.—Proyecto de armar quinientos mil hombres.—Rivalidad de las juntas provinciales, y creacion de una junta central en Aranjuez.—Dirección de las operaciones militares.—Plan de campaña.—Distribucion de las fuerzas de los insurgentes en ejércitos de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre con el ejército del general Blake, delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Derrota de los españoles.—Llega Napoleón á Vitoria, rectifica las posiciones de sus tropas, forma el proyecto de dejarse atacar por los dos flancos, y de marchar en seguida sobre Burgos para caer sobre Blake y Castaños, cogiéndolos por retaguardia.—Ejecucion de este proyecto.—Marcha del segundo cuerpo de ejército, al mando del mariscal Soult, sobre Burgos.—Accion de Burgos y toma de la ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre, destinados á oponerse al general Blake, lo persiguen con acerrima tenacidad.—Alcázale Victor en Espinosa y dispersa á los insurgentes.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército, al mando del mariscal Lannes, sobre las tropas del general Castaños.—Mantobra sobre la retaguardia de estas, verificada enviando al mariscal Ney á través de las montañas de Soria.—Batalla de Tudela, y derrota de los ejércitos de la derecha y del centro.—Desembarazado Napoleón de las masas de la insurrección española, avanza sobre Madrid, sin ocuparse de los ingleses á quic-

nes desea atraer á lo interior de la Península.—Marcha hácia el Guadarrama.—Brillante combate de Somosierra.—Aparicion del ejército francés al pie de los muros de Madrid.—Esfuerzos para evitar á la capital de España los horrores consiguientes á la toma por asalto.—Ataque y rendicion de Madrid.—Niégale Napoleón á su hermano el permiso para entrar en la corte, y se abstiene él tambien de entrar.—Medidas políticas y militares de Napoleón.—Abolicion de la Inquisicion, de los derechos feudales, y de parte de los conventos.—Los mariscales Lefebvre y Ney reciben orden de marchar sobre Madrid, y el último se dirige desde la capital á Castilla la Vieja, para operar ulteriormente contra los ingleses.—Operaciones en Aragon y en Cataluña.—Lentitud forzosa del sitio de Zaragoza.—Campana del general Saint-Cyr en Cataluña.—Paso de la frontera.—Sitio de Rosas.—Marcha hábil para evitar las plazas de Gerona y de Hostalrich.—Encuentro con el ejército español y batalla de Cardedeu.—Entrada triunfal en Barcelona.—Salida inmediata para el campo del Llobregat y victoria de Molins del Rey.—Continuacion de los acontecimientos en el centro de España.—Llegada del mariscal Lefebvre á Toledo y del mariscal Ney á Madrid.—Noticias del ejército inglés, adquiridas por conducto de los desertores.—El general Moore, reuniéndose cerca de Benavente á la division de Samuel Baird, se dirige al encuentro del mariscal Soult.—Maniobra de Napoleón para lanzarse sobre uno de los flancos de los ingleses y derrotarlos.—Partida del mariscal Ney con las divisiones Marchaud y Maurice-Mathieu, y de Napoleón con las divisiones Lippise y Dessoles, y la guardia imperial.—Tránsito del Guadarrama.—Tempestad, retrasos inevitables.—Avisado el general Moore del movimiento de los franceses, emprende la retirada.—Napoleón avanza hasta la ciudad de Astorga.—Decidese á establecerse en Valladolid á consecuencia de los correos recibidos de Francia.—Confía al mariscal Soult el cuidado de perseguir al ejército inglés.—Retirada del general Moore, perseguido por el mariscal Soult.—Desórdenes y devastaciones ocurridas en esta retirada.—Encuentro en Lugo.—Indecision del mariscal Soult.—Llegada de los ingleses á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Muerte del general Moore y embarco de los ingleses.—Sus pérdidas en esta campana.—Últimas instrucciones de Napoleón antes de dejar la España, y partida del mismo para Paris.—Plan para conquistar el Mediodia de la España, despues de un mes de descanso concedido al ejército.—Movimiento del mariscal Victor sobre Cuenca á fin de purgar de una manera definitiva el centro de la España de insurgentes.—Batalla de Uclés, en la cual se hace prisionera una gran parte del ejército del duque del Infantado, antes ejército de Castaños.—José entra al fin en Madrid, bajo la influencia de estos sucesos, y con el consentimiento de su hermano.—La España parece dispuesta á someterse.—Zaragoza es la única ciudad que ofrece resistencia en el Norte y en el centro de la España.—Dificultades con que se tropieza al frente de esta importante ciudad.—Envío del mariscal Lannes para acelerar las operacio-

nes del sitio.—Vicisitudes y horrores de este sitio memorable.—Heroismo de los españoles y de los franceses.—Rendicion de Zaragoza.—Carácter y fin de esta segunda campana de los franceses en la Península.—Probabilidades de entronzamiento de la nueva monarquía.

Habiendo partido Napoleón apresuradamente para Bayona, y encontrando los caminos muy deteriorados á causa de la estacion, y de los grandes convoyes militares que habian transitado por ellos, asi como tambien apurados todos los caballos de posta, se irritó estraordinariamente contra las administraciones encargadas de estos diversos servicios, y asi que llegó á Mont-Marsan, montó á caballo para atravesar las Landas. El 3 de noviembre á las dos de la tarde llegó á Bayona, é instantáneamente mandó á llamar al príncipe de Berthier, para que le diese cuenta del estado en que se hallaban las cosas y del modo con que habian sido ejecutadas sus órdenes. Nada se habia hecho de la manera que él lo habia prescrito, ni con la rapidez especialmente que deseaba, á pesar de que era el mas previsor, el mas absoluto, y el mejor obedecido de los administradores.

Habia mandado que veinte mil quinientos, pertenecientes á las clases menos acomodadas, escogidos en el Mediodia, y destinados á formar la base de los cuartos batallones correspondientes á los regimientos que se hallaban sirviendo en España (1)

(1) Como queda dicho en el precedente libro, Napoleón dispuso que cada regimiento constase de cinco batallones, y que los cuerpos que servian en España tuviesen tres incorporados á las filas, quedando el cuarto en Bayona como primer depósito, y el quinto en lo interior de la Francia en calidad de segundo.

se reuniesen en Bayona, y todavía no habían llegado mas que unos cinco mil á lo sumo. Contaba con cincuenta mil capotes, ciento veinte y nueve mil pares de zapatos, y el vestuario proporcionado á este equipo, y solo encontró quince mil pares de zapatos y siete mil capotes. De consiguiente, y siendo el capote y el calzado, según ya hemos dicho, lo que creía mas indispensable, sobre todo para las campañas de invierno, se mostró altamente descontento por esta falta. Mientras que la provision de vestuario era tan corta, habiase hecho una considerable provision de víveres, lo cual era un contrasentido, puesto que rebosaban en ellos las dos Castillas, donde tal es la abundancia de carnes y de cereales. En cuanto á vino, no se diga, porque es uno de los productos que constituyen la principal riqueza de la Peninsula.

Las acémilas, de las cuales habia ordenado Napoleón que se comprase un considerable número, escogiéndolas, á falta de otras, de cuatro á cuatro años y medio, eran demasiado jóvenes para que pudiesen prestar un buen servicio, y de aqui resultaba una contrariedad no menos sensible que las otras, mediante á que eran aquellas una de las cosas que mas falta debían hacer en España, á causa del estado de los caminos, y porque, careciendo de otros medios de transporte, casi todo tendria que llevarse á lomo. Además de todo esto, Napoleón habia prescrito, que todas las tropas procedentes de Alemania se concentrasen entre Vitoria y Bayona, que no se comenzase ninguna operacion, y que se permitiese á los insurgentes que se acercasen hasta llegar á atacar nuestros flancos, porque su plan era que los generales españoles,

avanzasen demasiado dejándose fascinar por su pretension ridicula de arrollar á nuestro ejército, y en vez de ejecutar estas órdenes, las excelentes tropas sacadas del grande ejército, habian sido distribuidas en todos los puntos donde los temores del estado mayor de José, hacian presumir que existia un peligro. El mariscal Lefebvre, en fin, que mandaba el primer cuerpo de ejército, seducido por la ocasion de combatir á los españoles en Durango, los habia deseado, obteniendo asi una ventaja de poquísima importancia para Napoleón, quien en su posicion actual deseaba y tenia necesidad de resultados ertraordinarios.

Por grandes que fuesen, empero, estas contrariedades, Napoleón no podia achacarlas ni á su imprevision ni á la indocilidad de sus agentes, sino mas bien á la naturaleza de las cosas, las cuales empezaban á salirle mal en todo cuanto emprendia despues de algun tiempo. Habia concedido, en efecto, el plazo de dos meses á lo sumo para que se hiciesen sobre los Pirineos los preparativos de una inmensa guerra, y un plazo semejante, si bien hubiera sido suficiente para operar sobre los Alpes ó sobre el Rhin, á donde no habian cesado de refluir por espacio de algunos años todos los recursos del imperio, estaba muy lejos de ser bastante para operar sobre los Pirineos, á donde, desde 1793, es decir, desde hacia trece años, no se habia dirigido ni la parte mas pequeña de recursos militares, por la sencilla razon de que durante este tiempo la Francia habia estado en paz con la España. Desconociendo, por otra parte, los agentes de la administracion la naturaleza y las necesidades de este nuevo teatro de la guerra, enviaban víveres, por ejem-

plo, á donde se necesitaba vestuario, y vice-versa. Además, acababa de verificarse de súbito un cambio tal en las cantidades de todas las cosas, haciendo subir el número de fuerzas desde sesenta ú ochentamil alistados á doscientos cincuenta mil hombres, que la mayor prevision habia llegado á ser insuficiente. Por otra parte, si las tropas, en vez de hallarse concentradas en Vitoria, se habian desparramado en diversas direcciones, consistia en que un estado mayor, en el cual no figuraban aun los lugartenientes vigorosos y enérgicos que Napoleon habia formado en su escuela, se aturrullaba á la primera apariencia de peligro, y enviaba los cuerpos, asi que iban llegando, á cualquiera parte donde el enemigo se presentaba. El mismo mariscal Lefebvre, por último, no habia cedido á su intempestivo deseo de combatir, sino por la razon sencillísima de que, allí donde Napoleon no estaba, el mando perdía su vigor y se convertía en débil é incierto (1).

(1) Citaré á este propósito una carta curiosísima del mariscal Jourdan, gefe del estado mayor, y el cual se encargaba del mando en ausencia de Berthier y Napoleon.

«El mariscal Jourdan al general Belliard.

«VITORIA, 30 de octubre de 1800.

«Mi querido general: á pesar de la poca voluntad que uno y otro tenian de hacerlo, el general Morlot está en Lodosa y el mariscal Ney en Logroño. El enemigo nos ha dado tiempo para verificar nuestras marchas y contramarchas, y para tomar nuestras posiciones.

«El general Sebastiani habia recibido orden de dejar en Munguia el quinto regimiento de dragones; pero como

Napoleon empleó todo el dia del 3 en manifestar de viva voz ó por escrito su descontento á los agentes que habian comprendido y ejecutado mal sus órdenes, y lo que valia mas, en reparar la lentitud ó las inexactitudes, mas ó menos inevita-

cada uno hace aquello que le conviene, se ha traído consigo, segun me dicen, la mitad del regimiento y al coronel; de manera que va á meter la mitad de un regimiento de dragones en un pais, donde es punto menos que imposible el caminar á caballo. ¡Eth! mi querido general, si pudiésois ayudarme á salir del maldito berengenal donde me hallo metido, me hariais un insigne favor. ¡Cuánto mejor no me estaria el irme á plantar colés, si las cosas han de continuar en tal estado!

«El rey ha recibido la noche pasada una carta del mariscal Victor, fechada en Mondragon. El señor mariscal se queja en términos un poco vivos de que hayan retenido su division en Durango: tal vez hubiera preferido encontrarse él con los españoles en Mondragon ó en Salinas. Cada cual tiene sus caprichos y ve las cosas á su manera.

«El rey atacaria de muy buena gana al enemigo en Durango; pero creo que teme la desaprobacion del emperador. Ignoro lo que decidirá S. M., mas tengo el triunfo por seguro. Verdad es que si se aguarda algunos dias, y si á Mr. Blake se le antoja proseguir donde está, deberá costarle gran trabajo el salir. La obstinacion de este general me parece una cosa muy extraordinaria. ¡Esperará, acaso, á que le lleguen refuerzos por mar? Entonces convendria mucho batirlo inmediatamente. Mas, ¿quién se atreve á tomar una determinacion sin ser el amo?

«Os escribo, mi querido general, todo cuanto pienso, todo cuanto sé, y todo cuanto ocurre. Mis deseos y mi interes no son otros que el ver triunfantes las armas del emperador, y al rey José sentado en el trono de España. Si el contenido de esta carta puede servir de alguna utilidad, haced de ella el uso que mejor os plazca.»

Voy á citar tambien otras dos cartas de Napoleon al

bles. que habian causado aquel. Ademas, ordenó el abandono de todas las contratas que no se habian consumado aun, y la creacion inmediata en Burdeos de talleres de confeccion, en los cuales

ministro Dejean, notables por las ideas sobre la administracion y las contratas, que vierte en ellas.

«Al ministro Dejean, director del ramo de la guerra.

«BAYONA, 4 de noviembre de 1808.

«Adjunto á esta carta encontrareis un estado del ordenador, por el cual os convencereis de la indigna manera con que me hallo servido. Hasta ahora no tengo mas que mil cuatrocientas casacas, y siete mil capotes, en lugar de cincuenta mil: quince mil pares de zapatos, en vez de ciento veinte y nueve mil. Todo me falta; respecto á vestuario y equipo, el ejército no puede estar peor; hállase en términos, que va á entrar en campaña desnudo. Los quintos están sin vestir; vuestros estados no son mas que papel. Lo que yo necesito son convoyes; hubiera sido preciso hacerlos partir en regla, poniendo á la cabeza un oficial ó un empleado, y entonces hubieran llegado de seguro.

«Tambien mando adjuntas cartas del prefecto de la Gironda, y un estado del inspector de revistas de Dufresne: en ambas cosas vereis que todo es dilapidacion y robo. Mi ejército está desnudo, y sin embargo va á entrar en campaña. Esto no obstante, no podrá decirse que no he dispendiado hartó dinero; mas se ha hecho de él mal uso; ha sido un dinero tirado al agua.»

«Al ministro Dejean, director del ramo de la guerra.

«TOLOSA, 5 de noviembre de 1808.

«Los víveres existentes en Bayona no llegarán á consumirse jamás. En España tampoco faltan, carnes y vino

se deberian emplear paños del Mediodía para el vestuario; dió contra órden para que se suspendiese el envío de víveres; hizo construir en Bayona barracas para alojar en ellas á los cuartos batallones; aceleró la marcha de los quintos para cubrir los cuadros; pasó revista á las tropas que acababan de llegar; mandó á las administraciones de postas, de puentes y de calzadas una porcion de avisos tan imperativos como convenientes, y poniéndose en camino en la tarde del 4, atravesó la frontera, fué á dormir á Tolosa, y á la mañana siguiente se dirigió á Vitoria, donde se hallaba el cuartel general de su hermano José. Hizo el viage á caballo, llevando una escolta de caballería de la

especialmente. Acabo de mandar que no se haga el repuesto de bueyes; era inútil y proporcionará una economia de 2.000,000.

«Lo que necesito son capotes y zapatos. De nada escasearia si se hubiesen cumplido mis órdenes. Pero ninguna de ellas ha sido ejecutada, y porque el ordenador no es persona segura porque no trata uno sino con bribones. Es preciso enviar inmediatamente á Bayona un ordenador, cuya integridad no pueda ser sospechosa. No quiero contratas. Ya sabeis que no producen mas que picardías.

«He anulado la contrata de vestuario de Burdeos. Enviad á esta ciudad un director, que mande trabajar por mi cuenta, y ordenad al prefecto que le ayude á buscar local y manos. Partid del principio que las contratas solo se hacen para robar; que cuando se paga al contado, no hay necesidad de contratas; y que el sistema de administracion propia es siempre el mejor.

«¿Sabeis cómo debe establecerse el taller de confeccion? Como se hace en los regimientos: poniendo un comisario de guerra probo al frente de los talleres, agregando tres ó cuatro sastres á sus órdenes en calidad de em-

guardia imperial, y á fin de que no se le dirigiesen homenajes de ningun género, de satisfacer su pasión de vivir al aire libre, y de hallarse lo menos cerca posible de su hermano, entró en Vitoria de noche, y fué á alojarse fuera de la ciudad. Seméjante conducta no procedía en él de indiferencia ó falta de afecto hácia el último, era simplemente cálculo. Conociendo que la posición de José al lado suyo sería secundaria, según había tenido ya ocasión de notar durante la residencia de ambos en Bayona, deseaba más bien dejarle el primer puesto ante los ojos de los españoles, y representaren en España únicamente el papel de general del ejército, revestido de todos los derechos de la guerra, y dis-

pleados de taller, y encargando á tres oficiales superiores de los que se hallen en Burdeos el recibo de las prendas, para que desechen aquellas que no sean buenas. Ninguna necesidad hay de contratas para esto, con tal de que se tenga bastante dinero á disposición del comisario.

«Por el decreto vereis, que toda la dificultad se reduce á tener un buen comisario de guerra, que cifre su reputación en establecer y hacer marchar en regla los talleres, dos buenos guarda-almacenes, y dos sastres honrados y peritos en su oficio, que saldrán de las filas del regimiento. Con estos cinco individuos, el establecimiento marchará perfectamente, y estoy seguro de que tendré casacas tan bien hechas como las de la guardia.

«En cuanto á la actividad, si se quieren hacer diez mil casacas por día, es muy sencillo conseguirlo, porque solo dependerá de que se busquen oficiales en toda la Francia. Si hubiérais obrado con arreglo á estos principios, todo marcharía en forma. Mas vale tarde que nunca. Sirvaos de gobierno, que no quiero más contratas, y que aun cuando el vestuario no se confeccionase por los cuerpos, quiero que este método se siga á todo trance.»

puesto á ejecutarlos desapiadadamente hasta que la Península se sometiese. Así se reservaba el papel de la severidad, y hasta el de la crueldad misma, para ceder á José el de la magestad y el de la dulzura. En esta atención, el partido de no alojarse con su hermano era seguramente el más cuerdo.

Así que se halló en Vitoria, y cuando logró desasirse de los brazos de José, que era en extremo adicto á su persona, mandó llamar á su estado mayor, y particularmente á los soldados franceses ó españoles que conocían mejor los caminos de la comarca, á fin de empezar sin perder momento las operaciones decisivas que había proyectado.

Para comprender cuanto tenían de notables las que ordenó en aquellas circunstancias, operaciones que no fueron seguramente las peores de su vida militar, es preciso saber lo que había ocurrido en España durante los meses de setiembre y octubre, empleados, así en París como en Erfurt en negociaciones, en preparativos de guerra, y en movimientos de tropas.

Entusiasmados los españoles con el doble motivo del triunfo de Bailen, y de la retirada del rey José sobre el Ebro, hallábanse ébrios de gozo y de orgullo. A su modo de ver, no eran unos cuantos bisoños postrados por el calor y mal guiados por un general infeliz las tropas que habían vencido, sino al grande ejército y al mismo Napoleón en persona. La fascinación llegaba nada menos que hasta creerse invencibles, y hasta el extremo de querer reunir una masa de quinientos mil hombres á fin de llevarlos al otro lado de los Pirineos, ó sea á que invadiesen la Francia. En sus negociaciones con los ingleses, de cuyo triunfo en Portu-

gal habian tenido conocimiento, y cuya estipulacion de Cintra les parecia muy poca cosa comparada con la de Bailen, no se hablaba mas que de empresas dirigidas contra el Mediodia de la Francia. Al aceptar, y al manifestar deseos de que fuese en su auxilio un ejército inglés, pedianlo diciendo, que no necesitaban de estas fuerzas para lograr la independenciam de España, la cual presumian de conseguir sin la cooperacion estrangera. Figúrese el lector la jactancia española, tan grande en todos tiempos, exaltada entonces por un triunfo inaudito, y aun asi y todo apenas podrá formarse una idea de las locas exageraciones que se oian en boca de los insurgentes.

Lo mas urgente, y lo que ofrecia para ellos mayores dificultades; era constituir un gobierno, atento á que, desde la partida de la familia real á Compiègne y Valenzay, y desde la retirada de José sobre el Ebro, no habia otra autoridad que la de las juntas insurrectas formadas en cada provincia, auctoridad estravagante que se hallaba dividida en doce ó quince centros, enemigos unos de otros. En Madrid, centro único de la administracion régia, no habia quedado mas que el consejo de Castilla, el cual se veia tan despreciado como aborrecido, porque no habia opuesto á la usurpacion estrangera mas resistencia que la de no hacerle buena cara, y la de ocasionar muchas tergiversaciones. Esta corporacion se hallaba entonces en España en la misma situacion, con corta diferencia, que la en que se encontraron en Francia á principios de la revolucion los antiguos parlamentos, de los cuales se hizo uso en 1789, y con los que nadie contaba ya despues, porque iban muy

rezagados de las pasiones y de los deseos del momento. Dotado, empero, el consejo de Castilla, como todas las viejas corporaciones, de una ambicion paciente y tenaz, no perdia las esperanzas de alzarse con el poder, y aun creyó encontrar para ello una favorable coyuntura en el asesinato del anciano don Luis Viguri, intendente que habia sido de la Habana, favorito del principe de la Paz, persona, que desde mucho tiempo antes se hallaba dado al olvido, y de quien se acordó desgraciadamente el pueblo, merced á una disputa habida entre aquel y un antiguo servidor de su amo. Habiendo sido degollado y arrastrado por las calles el infortunado don Luis, reconocióse universalmente la necesidad de una autoridad pública, y el consejo llamó entonces á Madrid á los generales españoles victoriosos de las tropas francesas, para que restableciesen el imperio de la ley, proponiendo al propio tiempo á las juntas insurrectas que mandasen un representante cada una á la corte, á fin de componer en ella, en union con el consejo un gobierno central.

Los generales españoles se apresuraron, en efecto á dirigirse á Madrid para restablecer el órden, y sucesivamente fueron llegando Gonzalez de Llamas con los valencianos y los murcianos, presuntos vencedores del mariscal Monecy, y Castaños con los andaluces, vencedores asaz reales del general Dupont. El entusiasmo con que ambos fueron recibidos por los habitantes de la capital fué estremado y merecido, si es que la buena fortuna puede estimarse en tanto como el genio. Pero las juntas se hallaban muy poco dispuestas á sufrir la preponderancia del consejo de Castilla, ni á con-

tentarse con una mera participacion en el poder bajo la direccion suprema de la corporacion mencionada, y asi es, que todas unánimes, á escepcion de la de Valencia, le dirigieron por respuesta única las reconvenciones mas violentas, declarando que se negaban á reconocer una autoridad que no habia sido en otro tiempo mas que una autoridad, judiciaria y administrativa, y la cual acababa de conducirse recientemente de una manera muy poco á propósito para obtener de la confianza de la nacion un poder, del que no se hallaba revestida por las instituciones españolas. Las juntas discutieron entre si por medio de enviados la forma de gobierno central que debia constituirse, y sobre este punto se hallaban tan divididas respecto á sus miras como á sus pretensiones. En primer lugar todas tenian envidia unas de otras. La de Sevilla se hallaba indispuesta con la de Granada, porque ambas querian apropiarse la honra del triunfo de Bailen: su enemistad llegó hasta el extremo de querer guerrear, y lo hubieran puesto en práctica sin duda alguna á no ser por la mediacion del cuerdo y prudente Castaños. La junta de Sevilla aspiraba ademas á erigirse en centro del gobierno, apoyándose tanto en sus servicios como en su posicion topográfica, merced á la cual se hallaba lejos de los franceses, y en esta atencion iba procurando por medio de adhesiones sucesivas que fuesen incorporándosele todas las demas. Las juntas del Norte, si bien formaban dos grupos poco amistosos, el de Galicia, Leon, y Castilla por una parte, y el de Asturias por otra, tendian, sin embargo, á aproximarse y reunirse, á fin de establecer en el Norte el gobierno de España. Menos ambiciosas,

mas cuerdas, y tan meritorias como las demas, las de Estremadura, Valencia, Granada y Zaragoza, no participaban de ninguna de aquellas ambiciones esclusivas, y se pronunciaban en favor de un gobierno único, que deberia establecerse en el centro de España, pero no en Madrid, para evitar la dominacion del consejo de Castilla.

Todas estas juntas concluyeron, al fin por entenderse unas con otras por medio de enviados, y convinieron en mandar dos representantes cada una al punto que se indicase, ora fuese Aranjuez, ora Madrid ó Ciudad Real, á fin de formar una junta central de gobierno. Aceptado que fué éste acuerdo, los dos diputados nombrados por cada una de ellas, se dirigieron despues de muchos debates, unos á Madrid y otros á Aranjuez. Mas envidiosos que los otros los de Sevilla, á fuer de mas ambiciosos, se empeñaron en no pasar de Aranjuez, y lograron atraer allí á todos los demas. Por otra parte no dejaba de halagar el orgullo de aquellos suplentes de la monarquía, el establecerse en su antigua residencia, y el usurpar hasta las esterioridades del poder.

Constituida la junta Central en Aranjuez bajo la presidencia de Florida Blanca, antiguo ministro de Carlos III, hombre ilustrado, hábil, pero demasiado anciano y extraño á aquellos tiempos desgraciadamente, declaróse investida de toda la autoridad régia, atribuyóse el título de magestad, decretó el dictado de alteza para el presidente, el de escelerencia para sus individuos, y la asignacion de 120,000 reales para cada uno de ellos. El número de personas que la componian, el cual solamente fué de veinte y cinco en un principio, ascendió á trein-

ta y cinco al poco tiempo, y uno de sus primeros actos fué el de intimar al consejo de Castilla así como á todas las autoridades españolas, que reconociesen su poder supremo. El consejo de Castilla á quien agradaba muy poco la creacion de semejante autoridad, trató de resistirse, objetando por medio de una declaracion formal, que la junta segun las leyes del reino, era escesivamente numerosa para consejo de regencia, y como congreso nacional, insuficiente para reemplazar á las córtes. En su consecuencia ordenó por sí y ante sí la convocacion de ellas. Ya hemos dicho antes de ahora, que en aquella sublevacion de España á favor de la monarquía habia una esplosion de todos los sentimientos democráticos, y que el nombre de Fernando VII solo servía en realidad de capa para entregarse á pasiones análogas á las que estallaron entre nosotros en 1793. De consiguiente nada sonaba de una manera tan agradable al oido de los españoles, como la palabra córtes. Pero como todo cuanto procedia del consejo de Castilla inspiraba desconfianza, creyóse que esta disposicion suya era únicamente un lazo para anular la junta y sustituirse á ella, y aunque sin renunciar por ello á la convocacion de las córtes respondiése á su declaracion con un grito unánime de odio y de desprecio. El apoyo de los generales era entonces la única fuerza eficaz. Por lo tanto, todos ellos pertenecian á la junta Central, compuesta de las juntas provinciales, á las que debian su elevacion, y con las cuales se habian entendido, escepuando el anciano don Gregorio de la Cuesta, quien severo é insociable como siempre, detestaba á las autoridades insurgentes y tumultuosas que acababan de

formarse, y preferia al consejo de Castilla, del cual habia sido en otro tiempo presidente. El general Cuesta llegó tambien á pensar por un instante en ponerse de acuerdo con el general Castaños, á fin de apropiarse entre los dos el gobierno militar, cediendo el gobierno civil al consejo de Castilla. Los acontecimientos tardaron muy poco á convencerlos de que habria valido infinitamente mas semejante combinacion: pero Castaños no era suficientemente emprendedor para aceptar los consejos de su colega, y como por otra parte debia tambien su elevacion á la junta de Sevilla, mostrábase partidario de las juntas. Don Gregorio de la Cuesta vióse obligado por tanto á someterse, y el consejo de Castilla, falto de todo apoyo, se halló reducido á seguir igual ejemplo.

Entrando la junta Central en el pleno ejercicio del poder, desde principios del mes de setiembre, empezó á gobernar su manera á la desgraciada España.

Su primero, su único cuidado debió haber sido ocuparse sin tregua en el levantamiento de tropas, así como tambien en la organizacion y direccion de ellas. Pero en un país donde la administracion habia sido hasta entonces en extremo viciosa, y donde una revolucion inopinada acababa de destruirla por el pie, el gobierno central no podia hacer nada ó casi nada sobre la parte esencial, ó sea sobre la organizacion de las fuerzas, y muy poco sobre la direccion general. Cierto que el entusiasmo no podia ser mas ardiente en España: pero bien pronto vamos á ver cuan débil recurso es este, y cuan inferior en resultados comparados con los de una ley regular, que alcance á todos los ciudada-

nos, y que los obligue á servir al pais de buena ó de mala voluntad.

La España que en circunstancias como aquellas podia muy bien dar de cuatrocientos á quinientos mil hombres, animosos por naturaleza, escasamente presentó cien mil, mal equipados, peor disciplinados, é incapaces de hacer frente, ni aun en la proporcion de cuatro contra uno, á nuestras tropas menos aguerridas. Despues de mucho estrépito; y de una agitacion imponderable, toda la gente que se alistó, se redujo á la juventud de las universidades, á algunos campesinos impelidos por los frailes, y á un número escaso de cabezas exaltadas, procedentes de las grandes poblaciones. En algunas provincias, los alistados ingresaron en las filas de la tropa de línea, en otras formaron bajo el nombre de *tercios*, tomado de los antiguos ejércitos españoles, batallones especiales, que hacian el mismo servicio que las tropas. La Andalucía, que tan orgullosa se mostraba por sus pasados triunfos, reunió un ejército de cuatro divisiones, las cuales militaban al mando de los generales Castañón, Peña, Coupigny, etc. Granada reunió tambien el suyo, cuyo mando confirió al mayor Reding. Valencia y Murcia espidieron á las órdenes del general Llamas, parte de los voluntarios que habian resistido al mariscal Monecy. La Estremadura, cuyos habitantes no habian figurado aun en las filas de la insurreccion armada, formó bajo el mando del general Galuzzo, y el jóven marqués de Belveder una division compuesta de los voluntarios y de los muchos desertores de las tropas españolas de Portugal. A esta division uniéronse los alistados de la Mancha y de Castilla la Nueva. Cataluña

continuó levantando partidas de migueletes, los cuales tenian estrechado al general Duhesme en Barcelona. Respondiendo Aragon al llamamiento de Palafox, y animándose con la resistencia de Zaragoza, organizó un ejército bastante regular, compuesto de tropas de línea y de campesinos aragoneses, gente muy buena y la mas valiente de la España. Las provincias del Norte, Galicia, Leon, Castilla la Vieja y Asturias, aprovechando un aumento considerable de tropas de línea, procedentes unas de Portugal, y de la guarnicion del Ferrol otras, se reunieron bajo el mando de los generales Blake y Gregorio de la Cuesta, y habian olvidado ya la derrota de Rioseco con los triunfos ganados en el resto de la Península, ademas recibieron otro refuerzo inesperado; el de las tropas del marques de la Romana, que habia logrado escapar con su cuerpo de ejército de las orillas del Báltico por una especie de milagro, digno de referirse.

El lector recordará que las tropas españolas enviadas á Napoleon para que contribuyesen á la custodia de las costas del Báltico, habian sido desparramadas en las provincias danesas, donde debian hacer frente á los ingleses y á los suecos. En el momento en que se les intimó que prestaran el juramento de fidelidad al rey José, empezaron á murmurar y á dar señales inequívocas de rebeldía. Las que se hallaban en la isla de Seeland, cerca de Copenhague, insurreccionáronse violentamente, trataron de dar muerte al general Frivion que las mandaba, y no pudiendo coger mas que á uno de sus ayudantes de campo, degolláronlo de la manera mas inicua, y declararon que se negaban á reco-